

7/5/90

Trabajadores

Mirta Aguirre: Crónicas de cine

Por MERCEDES SANTOS MORAY
(tomado de la revista *Unión*)

HACE ya más de cuarenta años, y en las páginas del periódico *Hoy* aparecieron, en la sección de cultura del diario de los comunistas cubanos, una serie de trabajos, ajustados al perfil editorial de una publicación periódica que buscaba la más amplia comunicación con sus lectores, una serie de crónicas de cine, bajo la autoría de Mirta Aguirre, como también se publicarían, en la misma sección, sus comentarios sobre teatro y música.

Durante casi un decenio, de 1944 a 1953, Mirta ejerció la función, nada fácil, del comentarista cultural, en un escenario periodístico marcadamente ideológico, que también abordaría aspectos de naturaleza sustancialmente estéticos, en pos de una visión integral, dialéctica, sin caer en un lenguaje hermético, impelida la crítica al diálogo explícito de todo publicista.

Muchas de aquellas piezas suyas no sólo resultan de interés como fuente de información, por lo circunstancial e inmediato del juicio crítico que nos posibilita, y de primera mano, conocer el status de esta manifestación de la crítica en la prensa cubana de los años '40 y '50, sino para encontrar meditaciones, reflexiones que trascendieron la ocasión, lo inmediato para ganar en valores de permanencia, sobre todo sus opiniones y criterios sobre la cinematografía latinoamericana cuyos ejes polares eran, entonces, México y la Argentina.

En este sentido las crónicas de Mirta Aguirre pueden tener un valor de actualidad, en el contexto del Nuevo Cine Latinoamericano que no puede ignorar, so pena de desvirtuar su propia historia, aquellas raíces de un trabajo cinematográfico que también presentó, con sus limitaciones y características, una búsqueda expresiva y que dio nombres como los de Emilio (El Indio) Fernández y filmes como *María Candelaria*.

También, y deba subrayarse, en medio de los prejuicios de la época, el sensacionalismo imperante de tono farandulero al asumirse el comentario cinematográfico en buena parte de la prensa cubana, se destaca el rigor intelectual de esta mujer que supo extrapolar métodos y recursos de índole conceptual a una expresión crítica que caía en el populismo cuando no en la superficialidad y que en Mirta Aguirre halló un nivel de interpretación, de valoración y análisis que denota un pensamiento de naturaleza científica, no ajeno a la sensibilidad artística, pero sí decidido a entregar al lector una crónica no sólo informativa, sino un material de referencia que le permitiera indagar sobre nuevas perspectivas y también apreciar, en su expresión estética, el séptimo arte.

Entonces, con más de un 30% de población analfabeta, y con particular énfasis en el interior del país, la cinematografía en lengua española tenía un público asegurado en Cuba, un espectador que se identificaba con las producciones mexicanas, con aquella cohorte de charros y melodramas y con la manifestación sudamericana que imponía los patrones de una clase media como la mejor de las vidas, en el cine argentino.

Sin embargo, y en medio de una establecida y bien financiada mediocridad, también se realizaban obras meritorias, de notable aliento, como *La Guerra Gaucha*, que expresaba la voluntad de un grupo de creadores rioplatenses, organizados bajo la firma de Artistas Argentinos Asociados —véase Francisco Petrone y Angel Magaña a quienes, y en su calidad de periodista, se acercaría Mirta cuando se producían las ocasionales visitas de tales artistas a Cuba, para no sólo realizar la entrevista de nómina, sino para dar a conocer, por extensión, todo un proceso artístico, más elaborado y también nuestro—. Estos elementos podemos considerarlos como aportes, y no menores, de Mirta al estudio histórico y crítico de la cinematografía latinoamericana.

Interesada, como latinoamericana, en destacar las piezas de una cultura que, en el celuloide, también expresan a nuestra América, Mirta Aguirre siguió el desarrollo de creadores y artistas, como lo fue Cantinflas, destacando sus logros y apuntando sus límites, con ese sentido también pedagógico presente en todos sus textos, tanto de crítica como de ensayos en nuestra cultura, rasgo que tipificaba su producción personal.

Ella, como otros amantes del cine en Cuba, véase José María Valdés Rodríguez, contribuyó a divulgar los valores de la cinematografía europea y, con particular énfasis, la obra emergente del neorealismo italiano, movimiento que marcó, de forma decisiva, el lenguaje artístico, la producción cinematográfica. Con agudeza y sensibilidad, Mirta Aguirre destacó esta corriente, argumentó sus esperanzas y subrayó su significación.

Pero si algo es sustantivo de este volumen de *Crónicas de cine* publicado por la Editorial Letras Cubanas, y que reúne buena parte de su labor en este género periodístico, es la muestra de una técnica, de un método de trabajo que no se apoyaba en la goma y la tijera, ni en el recitado de fuentes ajenas.

Su sentido del análisis, su comprensión de la complejidad, de la natural ubicuidad del producto artístico, le impedían cercarse y constreñirse a estereotipos o clichés. Siempre tuvo la suficiente cordura, y el lógico talento, para saber que, entre muchas posibilidades, también ella podía equivocarse. Sólo que exponía con rigor, buen sentido de su oficio, y cierta dosis de ironía —elementos que caracterizan su labor como crítico en general— sus opiniones, sus exégesis por eso también son de extrema utilidad, como material de referencia y de comparación para nuestra crítica y nuestros críticos.